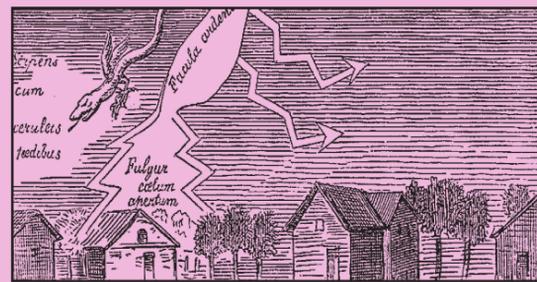


Charles Robert Maturin:

BERTRAM o El Castillo de San Aldobrando (16)

DAZET



Nº 40 - BUENOS AIRES/2022 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

Nacimientos.



XAVIER CUGAT

Mientras esto escribo llegan a mis oídos, por medio de ondas concéntricas, los sonos horripilantes de una cumbia boliviana. Aclaro, para alejar toda sospecha de que pudiera abrigar algún sentimiento xenofóbico, que tengo en gran estima la música folklórica de ese país, y en general de toda la proveniente de la región del Altiplano. Pero en este caso, se trata de una especie de muy baja calidad, musicalmente elemental y, en lo que atañe a sus letras, por tratarse de un conjunto de recriminaciones, celos enfermizos, deseos de venganza por amores no correspondidos, conquistas obtenidas o auguradas que en ninguna medida escapan al esquema del idilio convencional. Llegadas de las provincias del interior o, por la afluencia inmigratoria desde países vecinos, estas canciones han irrumpido en los núcleos urbanos desplazando como aves recién llegadas a impulso de los cambios climáticos, a otras plagas locales con las que antes convivíamos. Las clases medias sin duda experimentan esta forzada convivencia (la música es, por esencia, de un carácter invasivo) de la manera más agresiva y, sin que deban esforzarse demasiado con un fuerte sentimiento chauvinista e incluso racista en ocasiones, que asimilan políticamente a la avanzada del temible «populismo» (palabra *comodín* que ha servido tantas veces para enmascarar sentimientos que de otro modo serían reprochables).

Ahora bien, para entender el punto de mira de cada observador con sus características expectativas, primero hay que saber situarlo en un contexto histórico, social y cultural, a partir de sus hábitos y costumbres musicales, sus comidas, pasatiempos, y asimismo a través de sus particularidades individuales. En mi caso, un primer período de contacto con la música (llamémosle «Prehistoria musical»), se da en la casa de mis padres, alrededor de un combinado apto para reproducir discos de pasta de 78 RPM. Completaba el stock una colección de álbumes que se adquirían en las casas de música o electrodomésticos en calidad de «surtidos», es decir discos de todos los géneros seleccionados al azar por el propio vendedor (no los elegía el cliente) donde, con suerte,

podrías encontrar alguno que te gustase.

Así transcurrieron los años de la infancia, escuchando canciones de André Kostelanetz, Cole Porter, Victor Young y sus Cuerdas, Duke Ellington, Pedro Vargas y Xavier Cugat (*). Mi padre era devoto del fox-trot, mientras que mi madre dejaba volar su imaginación con los *Nocturnos* de Chopin.

Los surcos corrían velozmente por la púa de diamante, dejando escapar canciones como *Quiero un Hipopótamo para Navidad*; *Cu-cu-rru-cu-cu Paloma*; *Hay humo en tus ojos*; *Chiquita Banana*; o *Abramos las Ventanas a la Vida*.

Era la postguerra, y en el cine todas las películas terminaban con un beso. Sucedió a veces que al final de la función mis padres debían sacarme alzado de la sala, completamente dormido, pero experimentando una erección peneana prolongada (contingencia que luego comentaban, divertidos, en familia).

De este modo transcurrió un tiempo de rosas, con algunas emociones, pero tampoco muy enfáticas, como si se tratase de un período de *latencia*.

Todo esto se rompió una tarde. La radio estaba encendida en una habitación, yo a punto de ingresar en ella, cuando quedé paralizado bajo el marco de la puerta: escuchaba por primera vez en mi vida una canción de Los Beatles (de quienes, por entonces, había oído hablar vagamente). Emitían *Ella te Ama* (*She Loves You*).

Fue de este modo que pasaron al recuerdo los manteles de hule y los juguetes de baquelita.

JUAN CARLOS OTAÑO.

(*) De quien supe mucho después que en los EE.UU., en compañía del inmundo Dalí, recaudaba fondos para apoyar a los nacionalistas.

IMOGENE prorrumpe en un grito y lucha contra él.

honradez que disfrutaba... ¡No me arrojéis a una eterna oscuridad!

BERTRAM, contemplándola con compasión unos momentos.

¡Vos, la más bella de las flores! ¿Por qué habéis tenido que cruzarte en mi camino? ¡Nada puede detener el torbellino furioso de mi cólera, y os he herido al pasar!

BERTRAM.

¡Sea! ¡Despertad al castillo con vuestros frenéticos gritos! Esos gritos que revelan mi secreto, proclamarán el vuestro. ¡Que así sea! Que ellos resuenen en los oídos de vuestro esposo... ¡Eso deseo! ¡Que lo sepan todo!

IMOGENE.

Pudiera ser que Dios, en su misericordia, armase su brazo contra mí, y yo fuera remidida...

BERTRAM.

¡Oh! No esperéis de su clemencia un destino tan dulce. Su perdón será una maldición. Su ojo fijo y moribundo no podría pareceros tan terrible como sus acariciantes miradas de amor, dirigidas a una mujer que lo ha deshonrado. Ni su último suspiro más impresionante de escuchar que su postrer plegaria, dirigida en vano, para reclamaros en el infierno.

IMOGENE.

¡Esto supera mis fuerzas... ya no puedo más... ¡Preferiría estar muerta!

BERTRAM.

¡No! ¡Es necesario que viváis en un mundo que siempre reprochará vuestra existencia! ¡Una mujer cuyos extravíos serán citados por las madres para instrucción de sus hijos! ¡Una mujer que será despreciada por los más viles esclavos del libertinaje! ¡Una mujer cuyo nombre los justos jamás pronunciarán sin persignarse, y cuyo recuerdo será para los demonios una eterna prenda de triunfo! ¿Podrías llegar a soportar semejantes tormentos?

IMOGENE.

Debo sufrir. Estoy condenada a soportarlos... Pero retiraos, o gritaré de tal modo que será para vos una señal de muerte.

BERTRAM.

Escuchadme.

IMOGENE.

¡No! ¡No! ¡Seductor infernal, alejaos!

BERTRAM.

¡Tu hijo! (*Ella se queda atónita*) ¡Atreveos! Alzadlo temblando en tus brazos adúlteros, convirtiéndolo en objeto de un público desprecio. ¡Pobre criatura! ¡Lo compecede el implacable enemigo de su padre, mientras su madre no muestra piedad hacia él! Repudiado por sus iguales y condenado a la vergüenza, en la soledad y en el oprobio un amargo pensamiento devorará su corazón... Dirá: «¡Mi madre era una miserable!»

IMOGENE, cayendo de rodillas.

Soy una miserable; pero, ¿quién ha hecho de mí lo que soy? Me prosterno frente a vos como una esposa indigna, ¡pero que al menos no merece vuestra ira! ¡Bertram, tened piedad de mí!

BERTRAM.

Mi corazón es como este acero que comprime mi mano...

IMOGENE, siempre de rodillas.

Me habéis desterrado del estado de paz y de

IMOGENE.

¡No, Bertram! ¡Aún mi voz desfalleciente no ha perdido todo su poder sobre vuestro corazón! ¡Después de vos no he hecho más que suplicar! ¡Reconocéis mis palabras por mis lágrimas y mi llanto! ¡Mi dulce, mi noble Bertram! Mi bien amado... Y si es que en otro tiempo fuisteis dulce y humano... ¡Tened piedad de mí! (*ella alza su mirada; y al no percibir ternura en los ojos de Bertram, se levanta con furia.*) ¡Por el Cielo y todos los santos, él no morirá!

BERTRAM.

¡Por el Cielo y todos los santos, no viviré! No he llegado hasta aquí por el transporte pasajero de una pasión fugitiva. Durante años de miseria su muerte ha sido mi esperanza; y si esa esperanza no me hubiera sostenido, hace largo tiempo que hubiese abrazado la muerte. ¡Esa resolución ha sido el alimento de mi existencia, el consuelo de mi sueño! He venido hasta aquí para ejecutar una determinación inquebrantable; y ni vos ni todos los ángeles que le protejan, seríais capaces de defenderlo!

IMOGENE.

¡Los hombres le defenderán, alma implacable! ¡Socorro! ¡Socorro!

BERTRAM.

Les llamáis en vano. Vuestros vasallos armados se encuentran muy lejos como para escucharos. Ellos están, según su piadosa costumbre, junto a los hermanos de San Anselmo. Y mientras tanto, mis bandidos afilan sus sables sedientos de sangre. Si vos insistís, perecerá entre sus manos. Sólo aguardan mis órdenes.

IMOGENE, cayendo a tierra.

¡Hombre cruel y abominable!... Dios es testigo del colmo de mi miseria... ¡Estoy perdida!

BERTRAM.

No creáis que mi venganza les cederá la presa. Caerá noblemente. Lo mataré; pero el golpe mortal le llegará en el silencio de la noche; la serpiente se despliega para envolver a su víctima. (*Se escucha una trompeta*). ¿De dónde proviene ese ruido? Mis asesinos han llegado... Mantened la calma. Aldobrando no perecerá por las manos de los bandidos.

(Sale.)

IMOGENE, mirando a su alrededor y recuperándose lentamente, repite sus últimas palabras.

¡No perecerá! ¡Ah! Fue un sueño solamente, un horrible sueño, ¡él no estaba aquí! Eso es imposible... (*corriendo hacia la puerta*). No quisiera estar sola ni un momento, por miedo a que el espectro vuelva a aparecer... ¡Hola!... ¿Quién llama?

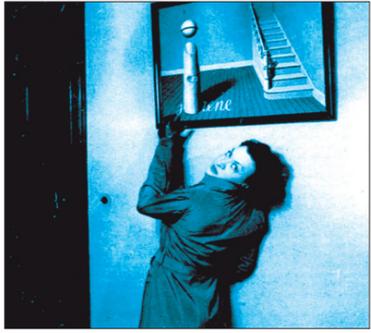
Entra **CLOTILDE**.

¿No me habíais llamado? Me apresuré a venir al escuchar vuestra voz quejumbrosa, aunque no he podido distinguir sus palabras.

Continuará...

Traducción: Juan Carlos Otaño.

Adela romántica.



Irène Hamoir

Los hombres lucen sus *sombras* como una apoteosis.

Tenía a *Adela* encerrada en mi cuarto. Si me hubiera seguido afuera, algunos me la habrían quitado, otros se habrían reído. Así que mantuve a *Adela* encerrada en mi cuarto.

Una tarde cuando volvía a casa de vacaciones, me habló del cansancio de siempre esperarme: ella también quería correr por el campo. Pegada a las cortinas, miraba la ciudad. Podía ver su espalda, estaba desnuda, una espalda adolescente firme y fresca. Se puso de puntillas, estirada con los brazos extendidos, fuera de la línea de sus dedos. El tierno rubio de su carne, su cabello con reflejos de piel me hacen suplicar: «Mi diablita linda». Ella se da vuelta. Oh *Adela*, sus pechos brillan y bajo su vientre su pene de hombrecito es amarillo y pulido. Sus ojos fríos olvidan la mirada. Escucho: «Es necesario estar seco», pero ¿quién habla, Dios mío, de dónde viene la voz?

La puerta se ha cerrado sobre esa caprichosa. La angustia anuda la quietud de la habitación.

Habían pasado dos veces dos semanas, desde aquella noche en que mi amiga me dejara; en vano por volver a verla había buscado por todos lados, vagado por cuartos oscuros y plazas desiertas, hablando con las paredes de las avenidas, en los estrechos callejones.

Mi frente de piedra contra el cristal. *Adela*, mi querida sombra, ¿no volverás de los azules sumideros poblados de hombres — *los hombres** — de dos caras? Hasta donde alcanza la vista, aquí hay una ciudad para extenderse en alfombras de neblina. Un río la corta por la mitad. La baña una luz de ceniza y una transparencia de luna, un velo de hollín tembloroso. Un rumor confuso mezcla los ruidos.

Al reconocer a *Adela* en esta forma incolora, un pavor plumizo invade mis arterias, el terror me oprime y cierro los ojos.

Dentro de poco, la Ciudad no será la misma. Durante horas y horas esperé a que volviera y ayer pensé que la había alcanzado. Pero no — ¿es ésta el ala de mi oscuro

destino? — esta vez no la he tocado. Tan pronto como ella apareció, al otro extremo de ese lúgubre camino reconocí a mi hermana.

El galgo rubio, erguido sobre sus patas traseras, está vestido con un traje de mujer de un tinte lechoso. Suelto y flexible, le cubre las piernas hasta sus esbeltos pies. Con su pata delantera derecha, pasada a través de la amplia manga de la prenda, blande una gran daga triangular. El galgo está justamente en una esquina, y aquello que golpea me lo oculta la pared. Sin embargo, es a un ser de sangre al que golpea, porque con cada golpe del perro, salpicando violentamente, sale sangre a borbotones. Su vestido alburno se tiñe de púrpura. Y la cabeza, la dulce cabeza de *Adela* pronto se vuelve totalmente roja.

Quiero correr — no te muevas. El horror me congela en las losas. Un gran sol negro se cierne sobre el país.

Estaba sola, según creo, en el apacible parque de Camperdu, donde paseaba tristemente pensando en mi joven amante. Un viento cálido halagaba a los árboles, y el césped sembrado de violetas buscaba complacer. Ay, mi corazón preocupado no quería creer en esta calma, mi corazón sentía pesar por *Adela*: «Mis falsos ojos de pájaro». De pronto descende por el camino de arena un pájaro de soberbio plumaje, una fantástica esmeralda de plumas salpicadas de canela, añil, azur, rosa claro. Ardiente de alegría, salto hacia él pero, reanudando su vuelo, se posa en el extremo de un retoño. Me lanzo nuevamente, pero se deja caer en el suelo, luego se alza con grandes aleteos, roza la arena del camino de la entrada y gira para aterrizar en el césped violeta.

Reanudo mi persecución y el pájaro cae entre las flores y vuela más lejos. Él volando y yo corriendo, y así estuvimos mucho tiempo hasta cansarnos. El pájaro estaba alborotado, su brillante plumaje se borraba, sus alas colgaban como trapos.

Como al fin, en su lastimero triunfo, mi palma cayó sobre él, el pájaro perdió su forma. Y tomé en mi mano el ligero abanico de plumas, el cual se endureció y convirtió en una planta de hojas verde oscuras. Se endureció y convirtió en un haz de hojas afiladas. Apretando a mi presa cortante, huí del parque.

Detrás, la reja se cierra de repente. He encontrado a *Adela*, mi cómplice, la sombra no formulada de mi sueño.

IRÈNE HAMOIR,

L'Invention Collective (1940).

* En castellano en el original (N. del Tr.).

Paseo.

En el amplio patio de un internado o una prolija casa de campo, ocho hombres a caballo formaban un círculo inconcluso. Los hombres, los caballos, quietos como los muros de ladrillo rojo, no sabían si había algo en el llano. Todos vestidos con el mismo traje, una prenda como la que debió llevar mi abuelo en su juventud, los jinetes parecían mirar de frente, pero no sé si podían ver, porque sus rostros no eran de carne sino de follaje. Un follaje verde bellamente cortado de los árboles de mi país.

Sin embargo, se me había dicho: «Al final de la ruta se entreabrirá, para dejarte pasar, una pared de ladrillos rojos.

En un gran patio empedrado te recibirá una joven loca, con polainas y guantes, como las comulgantes del campo. Ella te dirá que, de los dos caminos que sostienen tus pasos, uno lleva a un nicho donde hay un espejo y un dado, el otro a un montículo donde yace un pájaro muerto. La sencillez de tu carácter guiará tu elección.»

Salí. No había nada en la llanura. Un olor a madera hizo que el aire fuera tan pesado que la caminata se volvió dolorosa. Para vencer su resistencia, con mis dos manos abiertas, empujé el vacío. Ese día mi caminata fue corta.

IRÈNE HAMOIR,

La Terre n'es pas une Vallée de Larmes (1945).



JUAN CARLOS OTAÑO, *Le pompon de la marquise*.

Sueño de Sade en la torre de Vincennes.

Hacia la medianoche, cuando el señor de Sade acaba de dormirse con la Vida de Petrarca¹ sostenida en su mano, su abuela Laura se le aparece en sueños para dirigirle unas nobles y misteriosas palabras. El cautivo, al día siguiente, refiere emocionado la historia a su mujer, después de haberle expresado la admiración que siente por el poeta de los sonetos y por la belleza de la obra escrita por su tío el abad (*Noticia* de GILBERT LÉLY, en *Vie du Marquis de Sade, Mercure de France*, 1989):



CELDA Nº 6 EN LA ACTUALIDAD. Ocupada por Sade en el castillo-prisión de Vincennes, entre 1778 y 1781.

(Foto: J.C.O.)

(Noche del 16 al 17 de enero de 1779). — Era alrededor de la medianoche. Acababa de quedarme dormido con sus *Memorias* en la mano. De pronto, se me apareció... ¡La vi! El horror de la tumba no había alterado sus encantos, y sus ojos brillaban con tanto fuego como Petrarca los celebrara. Un crespón negro la envolvía por completo, y, descuidadamente, flotaba sobre él su hermoso cabello rubio. Parecía que el amor, para hacerla todavía hermosa, hubiera querido suavizar el lúgubre ropaje con que se presentaba ante mis ojos.

«¿Por qué gimes en la tierra?» me dijo. «Ven y únete conmigo. Que ya no existen males, ni penas, ni angustias, en el inmenso espacio que yo habito. Ten el coraje de seguirme.» Al oír estas palabras me postré a sus pies, le dije: «¡Oh Madre mía!...» Y los sollozos ahogaron mi voz. Me tendió una mano que cubrí con mis lágrimas; ella también las virtió. «Me he complacido», agregó, «cuando vivía en este mundo que detestas, en dirigir mi mirada hacia el futuro; multipliqué mi posteridad hasta ti, y no te vi tan desgraciado.»

Así que, absorto en mi desesperación y en mi ternura, le eché los brazos al cuello para retenerla, o para acompañarla y regarla con mis lágrimas, pero el fantasma desapareció. Sólo quedó mi dolor.

¹ JACQUES DE SADE, *Mémoires pour la vie de François Pétrarque*, Arskée & Mercus, Amsterdam, 1764.

Ucrania / Taiwán.

El olvido del sentido ha permitido la corrupción de las formas.

Theodore Jouffroy.

CAPTAIN KIRK: — Bueno, ahí está: la guerra. No la queríamos, pero la tenemos.

MR. SPOCK: — Es curioso lo seguido que los humanos obtienen lo que no quieren.

(STAR TREK, *Errand of Mercy*, 1967).



Vigía.

El viento no ha cruzado los países suficientes

Soplado de pájaros podado de ramas

La ola no ha rodado lo bastante

Al desierto le falta un grano de arena

Una vuelta más a la tierra

Un poco de peso a la nube

Aún otra arruga a la cara

Y otra letra al alfabeto

Medianoche

En las calles vacías si el fantasma mendigo de la nieve llegara a pasar

No le cierres la puerta. Incluso de él renacerá la esperanza.

Los renos dibujados en las rocas se reunirán

Vendrán a refrescar su sed de piedra en los cristales

Y las flores de la escarcha darán finalmente sus semillas.

JEAN MALRIEU, *Préface a l'amour*, 1953.

La vida es sueño.

Veo tres nichos, uno encima del otro, con puertas de cristal descoyuntadas conteniendo macetas y plantas. Están bastante sucios y las plantas en un pobre estado. Ilustran el fin del surrealismo. Toda la situación es muy triste, pero intento ver lo positivo en ello, o sea el hecho de que ese lamentable fin consistiera en una viva vegetación. Martin Stejskal, que está mirando estos nichos, se siente molesto por su descuidado estado, pero me cuenta en voz baja que en Praga todavía existe, a pesar de todo, un cierto y casi desconocido pequeño núcleo de actividad surrealista.

BRUNO JACOBS, (*sueño del 17 de enero de 2021*).